



Capítulo 368 - Clair Obscur.

Vergil y Ada caminaron bajo el velo de la noche parisina, donde las farolas parecían reacias a brillar demasiado, como si respetaran los secretos que llevaba la pareja.

Delante de ellos, apretada entre dos viejos edificios como pecados olvidados, estaba la entrada a algo que no pertenecía enteramente al mundo mortal.

"Clair Obscur."

No llamó la atención del ojo común.

No había escaparates ni letreros de neón que intentaran seducir a los incautos.

Sólo una puerta de caoba negra, con tallas tan discretas como antiguas—, parecían meramente ornamentales para aquellos que no sabían ver. Pero a los ojos correctos... cada línea latía con una elegancia maldita.

La puerta se abría sola, exudando un aroma a incienso prohibido y un sonido sutil e íntimo, como el susurro de un secreto confesado al oído.

Vergil entró primero.

Una camisa de lino egipcia, blanca y parcialmente desabrochada como para desafiar el decoro lo suficiente.

Pantalón negro ajustado, confeccionado con una precisión casi cruel.



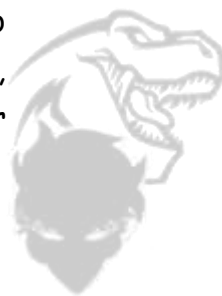
Botas de charol con suela de obsidiana que no dejaron huellas—solo silencio.

Y gafas de sol con marcos infernales de platino, que se quitó lentamente al cruzar el umbral, revelando ojos que cambiaban de color como un cielo a punto de asaltar.

Detrás de él estaba Ada, su esposa.

El contraste entre ambos era fascinante:

Llevaba un sencillo vestido negro con una chaqueta vaquera tachonada de parches —, algunos de los cuales susurraban en idiomas olvidados cuando nadie miraba. Un regalo de Rafaeline, por supuesto. Su mirada era vivaz, curiosa, aguda como una daga sumergida en un encanto ácido. El tipo de mujer que te haría reír de un chiste sólo para derribarte con la siguiente frase.



Había descubierto el lugar a través de Katharina, quien, como todas las criaturas verdaderamente peligrosas, nunca daba pistas sin intención.

El asistente parecía una sombra elegante:

Pálido, delgado, con un traje hecho de promesas incumplidas y seda robada de los sueños de los justos.

Se inclinó ante ellos como si sus vértebras estuvieran hechas de encaje y remordimientos.



"Mi señor... —Mi señora... —dijo con una voz que fumaba recuerdos felices y bebía arrepentimientos caros. "Bienvenido a Clair Obscur. Tus gustos serán tratados con absoluta reverencia."

Vergil lo miró desde detrás de sus lentes, luego se quitó lentamente las gafas, como si se quitara una máscara social, revelando ojos que podían juzgar y redimir.

"Por supuesto que lo será", murmuró con una sonrisa torcida y perezosa. "Tengo un banquete al que asistir. Y necesito algo que haga que los otros reyes parezcan... economistas"

Ada soltó una risa corta y nasal, como si no pudiera decidir entre la diversión y el desprecio.

"Vergil, ¿qué estás haciendo?"

Se volvió lentamente hacia ella, con los ojos todavía sonriendo.

"Probando algo..."

"¿Pruebas?" Levantó una ceja, escéptica, como alguien que había escuchado demasiadas excusas y se divertía con cada una de ellas.

"Mi nivel de teatralidad. "Quiero ver si puedo irritar incluso los tapices del pasillo"

Ada cruzó los brazos y parpadeó lentamente.

"Misión casi cumplida. Escuché una de las cortinas suspirar desesperada."



Vergil se rió y, por un momento, la tienda pareció respirar con ellos —como si estuviera viva y le gustara lo que veía.

El empleado permaneció inmóvil, pero un rayo de reverencia casi imperceptible cruzó su mirada. Él sabía con quién estaba tratando. Y lo más importante, sabía que sería recordado —para bien o para mal— por lo que ofreció en ese momento.

El empleado los guió a una habitación privada—paredes cubiertas de espejos que reflejaban no personas, sino intenciones. Los bastidores se movían solos, mostrando trajes que parecían susurrarse unos a otros, juzgando en silencio cada elección.

Vergil pasó sus dedos sobre una tela de color negro intenso que absorbía incluso la luz ambiental.

"Demasiado 'Señor de la Muerte'. "Quiero algo más parecido a 'un heredero reacio que todavía destruye mundos con una sonrisa'"

-Entonces éste no Ada cogió otro traje, de grafito perlado, con detalles sutiles en plata encantada. 'Éste grita 'peligroso pero civilizado'. Y coincide con el tono de tu sarcasmo."

Vergil giró sobre sus talones, cogió el traje y se lo arrojó por encima del hombro con un gesto exagerado.

-Me entiendes, Ada. Por eso te mantengo cerca. Y también porque sabes cómo evitar que compre trajes con cuellos demasiado dramáticos."

Ella lo empujó suavemente hacia el camerino.





Dentro del camerino —un espacio que parecía existir fuera del tiempo, con cortinas que susurraban secretos y un espejo que solo mostraba quién eras dentro— Virgilio se cambiaba de ropa con movimientos coreografiados, como si incluso desvestirse fuera una danza demoníaca.

Salió y giró una vez.

"¿Y bien?" preguntó con una sonrisa que podría provocar guerras civiles.

Ada cruzó los brazos, fingiendo analizarlo con escepticismo. "Casi perfecto. Lo único que falta es una rosa negra en tu solapa. Algo trágico. Algo poético."

"Hmm. "Me encanta."

El elfo, que hasta entonces había intentado no desmayarse, rápidamente convocó una rosa negra encantada, cortada del jardín personal de Lilith, y la prendió a la solapa de Vergil.



Perfecto.

Pero entonces Vergil se giró y se enfrentó a Ada con expresión seria. "Tu turno."

Ella levantó una ceja. "¿Qué?"

"Vas a Walpurgis conmigo. Y nadie entra al Banquete de los Reyes Demonio vestido como si acabaran de salir de un bar de jazz alternativo."



"¡Es una chaqueta con personalidad!"

"Es una chaqueta con manchas de salsa. Elige un vestido. O.... déjame elegir."

Ada suspiró dramáticamente. "Bien. Pero nada con alas de murciélago cosidas o que brille en la oscuridad, ¿entiendes?"

Virgilio sonrió. "Heriste mis sentimientos."

Los espejos de las otras paredes se iluminaban mientras maniquíes se deslizaban a su alrededor, mostrando vestidos que iban desde etéreos hasta indecentemente elegantes.

Vergil sacó un vestido burdeos oscuro, casi negro, con ribete de terciopelo y escote en forma de lágrima.

"Éste. Éste dice: 'Puedo matarte con una mirada o con un hechizo de sueño eterno. 'Pero sólo si te lo mereces.'"

"Está bien... eso es terriblemente específico, pero... "Me gusta", admitió al recoger el vestido.

Mientras desaparecía en el probador, Vergil se reclinó en un sofá de cuero encantado que murmuraba suaves elogios a su ocupante.

"Soy el anticristo más elegante desde el Lucifer original", murmuró satisfecho.

Cuando Ada salió, la tienda quedó en silencio. Incluso las telas parecían suspirar.





El vestido le quedaba perfecto, acentuando su silueta con una mezcla de elegancia y potencia contenida. Sus ojos se encontraron con los de Virgilio y, por un segundo, ni siquiera él tenía preparada una broma.

"Tú... eres perfecta."

Ada puso los ojos en blanco. "No exageres."

"No es una exageración. "Es una declaración de hechos", respondió en voz baja.

El elfo casi cae de rodillas. "Permíteme... seleccionar los accesorios apropiados."

Vergil se levantó y le extendió el brazo. "Ahora estamos listos para Walpurgis. Dos seres improbables, bellamente vestidos, listos para fingir que no son una amenaza existencial el uno para el otro"

"Como buenos aristócratas infernales."

"Exactamente."

